

DEL RANCHO A LA PRESIDENCIA

Richard H. DILLON

A PESAR DE QUE, en su tumultuosa historia, México ha recogido una sangrienta cosecha de golpes de estado y de cuartelazos, son pocas las verdaderas revoluciones por las que ha pasado. Puede encontrarse la explicación de este hecho, en apariencia paradójico, en las palabras de José Ortega y Gasset: ¹

Siguiendo un vulgar uso, se llamaba revolución a todo movimiento colectivo en que se emplea la violencia contra el poder establecido. Mas la historia no puede contentarse con nociones tan imprecisas... No todo proceso de violencia contra el poder público es revolución, [y]... las convulsiones de los pueblos americanos son casi siempre de este tipo. El revolucionario, en cambio, no se rebela contra los abusos, sino contra los usos.

Las revueltas típicas de caudillos como Antonio López de Santa-Anna no eran sino expresión de descontento por parte de los que no estaban en el poder contra el gobierno de los que sí lo estaban. Las únicas revoluciones mexicanas dignas de ese nombre han sido el levantamiento de Hidalgo y Morelos para lograr la independencia, el movimiento reformista de Juárez y la revolución agraria de 1910-1920.

Uno de los grandes caudillos de la cruzada de diez años que desató Francisco I. Madero fue Álvaro Obregón. Su grandeza reside en el hecho de que hasta 1928, año en que fue asesinado, luchó por alcanzar las metas que el pueblo mexicano había estado ansiando desde antes de la Conquista, y logró alcanzarlas. Además de imponer ciertas reformas económicas, políticas y morales largo tiempo anheladas y urgentemente necesitadas, puso término a una década de guerras civiles, empapada en la sangre de patriotas y a la vez de hombres sin escrúpulos. Allanó el camino para el establecimiento de un México firme, progresista y democrático y para sustituir el predominio de la fuerza por el voto electoral.

Esta revolución avanzó por un camino largo y sinuoso, sembrado de contra-revueltas y traiciones por parte de Orozco, Huerta, Villa y otros; y Obregón la llevó a su meta final y lógica.

No deja de ser curioso que el hombre que más subyugó a los norteamericanos durante la guerra civil mexicana no fuera Obregón, sino Pancho Villa. Obregón era un soldado ciudadano y encarnaba el tipo de hombre más admirado en los Estados Unidos: el hombre que se ha hecho a sí mismo. De mecánico y modesto campesino, afortunado en sus cosechas de garbanzos, pasó a ser el mayor experto en táctica militar que ha conocido la historia de México, y a la vez un estadista respetado y honrado. Para este Cincinato sonorense vienen muy a caso las palabras de Shakespeare: "Hay hombres que nacen grandes; otros llegan a la grandeza, y a otros la grandeza les es impuesta."

EN 1880, CUANDO Porfirio Díaz terminaba su primer período presidencial, nació Alvaro Obregón, el 17 de febrero, en un rancho del distrito de Alamos, Sonora. Fue el menor de dieciocho hijos. Según cierta leyenda, era de origen irlandés, y el nombre de Obregón no es sino corrupción de O'Brien.² Hay quienes afirman que sus antepasados huyeron de County Cork,³ y que uno de ellos —Michael O'Brien— acompañó en su viaje a México al último virrey español, Juan O'Donojú.⁴

Se dice que el propio Obregón se inclinaba a creer que algunos de sus antepasados eran irlandeses,⁵ y sus mismos destructores contribuyeron a esta idea cuando vieron en Obregón "algo de ese aspecto marcial y de la debilidad moral que a menudo caracterizan a cierto tipo atractivo de irlandeses meridionales".⁶ Otros estaban convencidos de que era de origen vasco,⁷ y había quienes afirmaban que lo que corría por sus venas era sangre yaqui.⁸

Según la descripción de Blasco Ibáñez, Obregón era tan característicamente español, que hubiera podido caminar por las calles de Madrid sin que nadie sospechara que venía del hemisferio americano. Obregón, por su parte, sólo dijo que sus abuelos vinieron de España: "No sé de qué provincia.

Otras gentes piensan que descienden de la nobleza y declaran provenir de duques y marqueses españoles. Yo sólo sé que mis abuelos vinieron de España. Deben de haber sido gente pobre, obligada a emigrar por las circunstancias.”⁹

Álvaro pasó su infancia en la hacienda de Siquisiva, a la orilla derecha del río Mayo. Tenía pocos meses cuando murió su padre, Fernando Obregón. Antes de su muerte había ocurrido una desastrosa inundación, que destruyó sus propiedades y que fue seguida de una incursión de yaquis que se llevaron todo el ganado de la familia y quemaron la casa hasta sus cimientos. Fernando Obregón nunca llegó a recuperarse de esas dos catástrofes; fue a trabajar a Álamos por breve tiempo y luego murió. La madre de Álvaro, Cenobia Salido, era de constitución más fuerte. (Su hermana se hizo famosa en Sonora por haber perseguido a cinco bandidos, de los cuales mató a uno, hirió a dos y capturó a los dos restantes.) Cenobia Obregón y tres de sus hijas cuidaron de Álvaro en sus primeros años. Su educación fue casi puritana por la importancia que se daba a la moral y a la verdad, pero la religión dogmática tenía escasa importancia, y nunca había de ser para él base de la moral.¹⁰ A pesar de haber sido confirmado y de haber recibido la primera comunión, nunca llegó a ser un católico devoto.¹¹

Después de la rudimentaria enseñanza recibida de sus hermanas, pasó Álvaro a la escuela oficial de Huatabampo, dirigida por su hermano, don José Obregón. Entre los setecientos vecinos del polvoriento poblachón de Huatabampo se contaban algunos dotados de cierta curiosidad intelectual. Álvaro tuvo la suerte de que uno de ellos llegara a ser su amigo: se llamaba Jesús Abitia y era, según E. J. Dillon, un “genio sin desarrollar”.¹²

La mayoría de los estudiantes trabajaban para ganarse unos centavos, y lo mismo hacía Álvaro. Sin aprendizaje de ninguna especie, se hizo carpintero (era muy hábil en el manejo de las herramientas) y vendió cajas, puertas, sillas y mesas.¹³ A los siete años se ocupaba de trabajos caseros y hacía el mandado para la familia. A los trece tuvo a su disposición un pedazo de tierra y sembró en él tabaco. Con el

fruto de su cosecha hizo cigarrillos, que llamó "Américas". Pero era tan escasa la demanda, que Álvaro hizo que un amigo suyo fuera a todas las tiendas y pidiera cigarrillos de esa marca. El truco tuvo éxito y los tenderos comenzaron a comprar cigarrillos "Américas". El siguiente paso fue registrar legalmente su fábrica de tabaco y llevar a uno de sus hermanos a que trabajara por él, a cambio de cigarrillos.¹⁴

Nuevamente se puso a prueba su ingenio cuando para el día de los exámenes finales se le exigió que llevara sombrero. Él no tenía sombrero ni dinero para comprárselo, pero en vísperas de los exámenes tomó unas pajas de arroz, las trenzó y las remojó, y al día siguiente se presentó con un sombrero en la cabeza.¹⁵

Álvaro era muy aficionado a los perros y a los caballos. En una ocasión tuvo que matar a palos a un perro rabioso; pero sus hermanas le habían enseñado que nunca debía matar ni enjaular a los animales. Sentía gran amor a la naturaleza, en parte porque era un niño tímido y no se llevaba muy bien con los otros de su edad.¹⁶

En su adolescencia fue poeta, como tantos jóvenes hispanoamericanos. En 1909 se imprimió uno de sus poemas (*Fuegos fatuos*), pero casi todas sus composiciones cayeron en justo olvido.¹⁷ Obregón mismo dijo: "Las musas se durmieron. El Parnaso no me abrió sus puertas hasta que yo fui presidente." Otros miembros de la familia también escribieron poesías, quizá mejores; es el caso de don José y de las hermanas de Álvaro, Rosa y Cenobia, cuyas obras se publicaban en *El Mo-nitor Sinaloense* con los pseudónimos de Alfa y Omega.¹⁸

Algunos autores afirman que Obregón hizo amplios estudios, comenzando por la academia militar y terminando con los cursos seguidos en la Universidad de París. La verdad es que Obregón, después de su adolescencia, estudió en forma autodidáctica (aunque no por eso menos valiosa); entre otras cosas, aprendió el yaqui y el mayo.¹⁹ Los estudios propiamente dichos del futuro general y presidente terminaron a los trece años, cuando, como él mismo dice, "la miseria me arrancó de la escuela para buscar los medios de subsistencia".²⁰

A partir de los diez años, Obregón se enseñó a trabajar

con herramientas, y a los trece era ya mecánico en una hacienda de Sonora.²¹ Cuando contaba diecinueve años, su madre le confió el cuidado de sus hermanas. Un año después fue, durante varios meses, maestro en una escuela de Moroncarit; pero pronto volvió a dedicarse por completo a la mecánica, porque se dio cuenta de que ya era experto en el manejo de las herramientas y de la maquinaria.²²

A LA EDAD DE VEINTE AÑOS salió de Sonora rumbo a Navolato, Sinaloa, donde trabajó de mecánico en un ingenio azucarero y ascendió en breve tiempo al puesto de primer capataz.²³ Pasó cuatro años en Tres Molinos, donde gozó fama de ser un joven hábil, trabajador y a la vez romántico. Él y su amigo Rodolfo Ruiz solían llevarles serenatas a las muchachas del lugar.²⁴ También le gustaban a Obregón los juegos de azar, principalmente el *poker*, y era muy afortunado en los naipes. Tal era su suerte, que, según se cuenta, el dueño de un casino del Norte le ofreció una suma de dinero para que dejara de jugar.²⁵

Era Álvaro amigo de los ejercicios atléticos; de noche solía dedicarse a leer y a escribir. Había decidido progresar, y se puso a trabajar, no sólo para llegar a ser un gran mecánico,²⁶ sino también para dominar la gramática y poder escribir correctamente.²⁷ Él y su hermano solían leerse libros uno al otro; devoraban cuantas obras encontraban en la hacienda, aunque fuera la más trivial novela.²⁸

Durante breve tiempo probó Álvaro su suerte como comerciante trabajando de agente viajero para un zapatero de Culiacán,²⁹ pero en 1904 volvió a las labores agrícolas. Alquiló un pedacito de tierra con dinero que le prestaron sus amigos y empleó a un grupo de campesinos. Disgustado por el elevado sueldo que pagaba Álvaro a sus trabajadores, un terrateniente del lugar dio a un rufián el encargo de asustarlo hasta que se fuera; pero el hermano de Obregón se dio cuenta de la cosa y amenazó de muerte al malhechor.³⁰

Álvaro mejoró su terrenito que había alquilado a la familia Vederráin de Navolato, construyendo diques y cavando zanjas para el agua, pero poco antes de la cosecha de garbanzos

una inundación destruyó sus campos y lo dejó sin un centavo. Sin embargo, sus acreedores le tenían confianza y le prestaron ciertas sumas de dinero, que él devolvió en breve tiempo, cuando empezó a prosperar su nuevo rancho, llamado humorísticamente la "Quinta Chilla".³¹

En 1903 se casó, y como su mujer era católica practicante, tuvo que confesarse antes de la ceremonia. El sacerdote le preguntó qué pecados había cometido, y Obregón respondió que ninguno: "No he hecho nada con malicia; no tengo por qué arrepentirme de las cosas que he hecho deliberadamente".³² En 1907, año en que murió su mujer, dejándole dos niños (Humberto y María del Refugio), inventó una máquina de sembrar garbanzos, que fue adoptada por casi todos los cultivadores de la zona del Mayo. Hizo el primer modelo de madera y pedazos de hierro; después de perfeccionarlo lo envió a Mazatlán a una fundición, y de allí salieron las máquinas para la venta.³³

HACIA 1905 COMENZÓ Obregón a leer el periódico opositor de Ricardo Flores Magón, *Regeneración*, y sintió simpatía por los huelguistas de Cananea de 1906.³⁴ Después de ser durante diez años miembro de un sindicato y de haber administrado varias haciendas, estaba en condiciones de saber cuál era la suerte del peón bajo el régimen porfirista. Se daba cuenta del gran desequilibrio que existía entre los obreros y la clase privilegiada, ampliamente protegida por el despótico Díaz. Llegó a odiar la tiranía, los monopolios y los privilegios conseguidos a expensas del pueblo mexicano. Para él, eran éstos los distintivos del despotismo de Díaz. Cada enemigo de don Porfirio —Flores Magón, Reyes, Madero— significaba para Obregón un aliento de esperanza.³⁵

Sin embargo, Obregón se apresuraba siempre a confesar que él era de los maderistas que no tomaban las armas en defensa de la revolución. Pertenecía al grupo de los que él llamaba "maderistas inactivos" (pp. 8 y 10).³⁶

En 1911 aparecieron en Sonora algunos grupos de rebeldes bajo el mando de Benjamín Hill; después de algunos éxitos y algunos fracasos, ocuparon Huatabampo. Los "maderistas in-

activos", como Obregón, vitorearon con entusiasmo a las fuerzas rebeldes que entraron en la ciudad. Obregón nunca olvidó la impresión que le causaron. Estos primeros apóstoles de la libertad sumaban aproximadamente una centena, y sólo setenta iban armados con rifles; la mitad de éstos no llevaba cartuchos, y los que tenían municiones tenían muy pocas. Los harapos que los cubrían mostraban los rigores de su campaña, y Obregón se sintió avergonzado ante esos luchadores, cansados y escuálidos, pero victoriosos (pp. 11-12).

El único indicio de oposición por parte de Obregón fue su enérgica protesta cuando el presidente municipal trató de hacerle firmar una adhesión a la causa de Díaz (p. 12). Dos meses después de la victoria de Madero tuvieron lugar las elecciones municipales de Sonora, y el partido liberal propuso a Alvaro Obregón contra Pedro Zurbarán, candidato del partido reaccionario porfirista, capitaneado en Huatabampo por José Tiburcio Otero. Obregón salió victorioso (pp. 12-13).

Cuando Pascual Orozco se alzó contra Madero en la primavera de 1912, el gobernador de Sonora, Maytorena, ofreció a Madero un contingente de hombres para lanzarlos contra Chihuahua. Eugenio Gayou, jefe de la división de guerra del gobierno de Sonora, telegrafió a todos los presidentes municipales preguntándoles cuántos hombres podría reclutar cada uno en su respectivo municipio. Obregón se entrevistó personalmente con Gayou en Navojoa y le ofreció sus servicios, comprometiendo a reclutar gente y marchar a Chihuahua (p. 15).

El 14 de abril de 1912 Obregón había reunido ya trescientos hombres, en su mayor parte vecinos de la región y propietarios de tierras, como él (p. 15). Se les conoció con el apodo de "el Batallón Rico", porque en su mayor parte eran rancheiros acomodados.³⁷

Ese mismo día 14 de abril se dispuso Obregón a sufrir su bautismo de fuego. Llevó a su batallón a Navojoa, donde obtuvo de Ramón Gómez, presidente municipal, seis rifles y sesenta cartuchos. Junto con los dos rifles que ya tenía, era éste todo el armamento con que contaba su gente (p. 16). No tardaron en servir las armas, pues una banda de indios yaquis atacó el tren, entre Pitahaya y Mapolí; pero los hombres de

Obregón los hicieron correr y mataron a dos de ellos. Continuaron hacia Hermosillo y acamparon en Villa de Seris, en las afueras de la capital sonorense (p. 16).

Aquí el grupo recibió armas y equipo y fue constituido en Cuarto Batallón Irregular de Sonora. Se ratificaron los nombramientos hechos por Obregón y se le confirmó su rango de teniente coronel y comandante. El capitán Eugenio Martínez, veterano regular del ejército, quedó a cargo de la instrucción militar del contingente, que ahora consistía en unos trescientos hombres, entre ellos cincuenta de caballería (pp. 16-17).

El 12 de junio comenzó el batallón su marcha, primero a Naco y de aquí a Agua Prieta, donde se estaban concentrando las tropas para la invasión de Chihuahua. La fuerza de la unidad era ahora de quinientos hombres y contaba con dos cañones Schneider Canet, que habían llegado, junto con veintinueve oficiales de la escuela militar, pocos días antes (p. 18).

El oficial comandante, general Agustín Sanginés, nombró inesperadamente a Obregón jefe de toda la caballería. El general Garibaldi se negó a unirse a la columna, temiendo quizá que esos guerreros aficionados causaran con su inexperiencia otra derrota maderista (pp. 19-21).

Unos mormones informaron que los orozquistas estaban fortificando el estratégico paso del Pulpito. Cuando la columna llegó a la Colonia Oaxaca, se recibieron noticias de que Orozco planeaba invadir Sonora a causa de que Huerta lo estaba haciendo retroceder. Sanginés mandó inmediatamente a Obregón a que se uniera a Luz Blanco en Ojitos, y él lo siguió después con el grueso de las tropas (p. 21).

Gracias a los espías, Sanginés estaba al tanto de los movimientos de Orozco, y cierto día el general llamó a Obregón para informarle que en Casas Grandes se estaba concentrando una fuerza para atacarlos. Ésta fue la primera participación de Álvaro Obregón en un concejo de guerra, y en él se adoptó su propuesta de que se cavaran madrigueras en torno a sus posiciones defensivas (pp. 22-23).

LA BATALLA SE INICIÓ el 31 de julio de 1912; avanzó Salvador Alvarado, y Obregón se quedó a la retaguardia, al mando de

doscientos soldados de caballería. Un ordenanza llegó apresuradamente para pedirle que enviara una fuerza de cincuenta de a caballo, dirigida por un hombre de confianza, para atacar a una fuerza de orozquistas que estaban tratando de sacar del fango un cañón atascado en un desfiladero. Obregón mismo condujo a los hombres hacia la barranca. Una fuerte balacera lo obligó y a él a sus hombres a desmontar y continuar a pie. Los orozquistas lograron desatascar el cañón y lo llevaron al camino de Janos, protegido por soldados con rifles (pp. 25-26).

La lucha no era muy ventajosa para Obregón, y ya había mandado a un ordenanza para pedir refuerzos, cuando, en el momento más oportuno, se le unieron unos soldados de infantería junto con unos jinetes de Luz Blanco. Obtuvo permiso de perseguir hasta El Cuervo y Casas Grandes a la artillería en fuga. Alcanzó al enemigo; sus dragones desmontaron nuevamente y abrieron un fuerte fuego sobre los chihuahuenses. Cuando ya parecía que el éxito iba a coronar sus esfuerzos, Obregón oyó en la retaguardia detonaciones de rifles y de bombas Martín Hale. En seguida llegó orden de que se retirara a Ojitos, a unos quince kilómetros de distancia (pp. 27-28).

Éste fue el punto decisivo de la carrera de Obregón. Lo seguro hubiera sido obedecer las órdenes y retirarse, y nueve entre diez oficiales hubieran hecho eso en una situación análoga. Pero Álvaro no era de los nueve entre diez; era el décimo excepcional. Desobedeció las órdenes y replicó respetuosamente que estaba a punto de capturar el cañón. Continuaría la persecución, y una vez capturada la artillería, se reincorporaría a la fuerza principal (p. 28).

En El Cuervo alcanzó a los rebeldes, que le abrieron fuego de rifles y cañones, pero su rápido ataque hizo que cayeran en su poder dos de los cañones y varios carros. Mandó una pequeña fuerza a capturar el tercer cañón, con el cual volvieron a la hacienda. Un soldado que Obregón había puesto en el molino informó que a la retaguardia había una columna de caballería. Obregón mandó una patrulla de inspección y supo que se trataba de enemigos. Escondió a sus hombres, y dejó el cañón orozquista bien a la vista en el patio de la hacienda.

Los enemigos cayeron en su trampa y llegaron galopando a la hacienda, pensando, al ver su artillería, que la hacienda seguía en poder de sus camaradas. Cuando Obregón dio la señal de abrir fuego sobre ellos, la tropa se desparramó y huyó en confusión (pp. 29-30).

Al día siguiente regresó Obregón al campamento, después de haber estado casi treinta y cuatro horas sin comer. Supo entonces que se había dispersado todo el ejército de Orozco. El general Sanginés estaba, evidentemente, satisfecho de sus hombres (p. 30).

Después de su bautismo de fuego, Obregón y su fuerza se quedaron de guarnición en Dublán y Casas Grandes, antes de continuar hacia Ciudad Juárez, donde entre tanto el general Téllez había robado a Obregón los aplausos que le correspondían por la victoria sonoreense, luciendo como trofeo suyo el cañón capturado por aquél (pp. 31-32).

Obregón estaba ocupado en componer los puentes destruidos por los orozquistas cuando llegó a Sabinal, camino a Ciudad Juárez, el general en jefe, Victoriano Huerta. Sanginés presentó a Huerta, orgullosamente, al ya famoso estratega, y Huerta dijo del sonoreense: "¡Ojalá que este jefe sea una promesa para la patria!" (p. 32).

LOS OROZQUISTAS se reorganizaron y amenazaron Agua Prieta. Obregón sumó su gente a la guarnición del poblado, y el enemigo no tardó en levantar el sitio. Sin embargo, poco después asaltó por sorpresa la mina de El Tigre (p. 33). Obregón se dispuso a presentarles batalla en las inmediaciones de San Joaquín, pero tuvo que proceder con gran cautela al descubrir que los alambres del telégrafo habían sido cortados, dejándolo sin comunicación con el cuartel general (p. 34).

Organizó sus fuerzas, consistentes en ciento ochenta hombres y ocho oficiales, con un solo cañón, para enfrentarse a los rebeldes, cuyo número se calculaba en novecientos. Treinta y cuatro de los vecinos de la población, encabezados por el presidente municipal, se presentaron voluntariamente, y Obregón reforzó con ellos las filas de la guarnición. Hizo una rápida arremetida por tren, con su único cañón montado en el te-

cho del cabús, y así llegó hasta el campamento enemigo, abriéndose paso entre sus filas. Dejó entonces a treinta hombres para vigilar el tren y el cañón, que había quedado inutilizable, y avanzó a través del llano. Afortunadamente para los sonorenses, el terreno era pantanoso y además estaba atravesado de alambrados de púas, lo cual impidió maniobrar en forma adecuada a la caballería de los enemigos (p. 36).

A pesar de que su oficial comandante no le ayudaba en nada, Obregón hizo que, en término de una hora, los orozquistas se desparramaran por los cerros de San Joaquín. Sanginés no tenía mucha confianza en Obregón; al comenzar la batalla, dijo que él y sus "dizque invencibles" mayos se las iban a ver negras. Cuando Obregón pidió refuerzos, Sanginés se negó a proporcionárselos, y dijo a los demás oficiales que si tan ansioso estaba Obregón de hacer esas cosas, había que dejar que las realizara y no darle ayuda.³⁸ El sonorense no necesitaba ayuda; parecía sacar provecho de los obstáculos que se le ponían en su camino.

Los obregonistas mataron treinta y tres enemigos y capturaron doscientos veintiocho caballos y un buen botín, del cual formaban parte sesenta barras de plata. Obregón perdió a diez de sus hombres, y dieciséis resultaron heridos (p. 38). Esta victoria marcó el fin del orozquismo en Sonora; sus dos jefes, Salazar y Campa, cruzaron la frontera y buscaron asilo en Arizona (p. 40).

Obregón se había transformado plenamente de ranchero en soldado. Su temple espartano estaba como hecho para los rigores de la guerra. Así, cuando vio que era casi imposible obtener cigarros durante la campaña (¡cada cigarro costaba varios dólares, cada chupada entre diez y veinte centavos de dólar!), dejó de fumar, a pesar de que antes fumaba casi sin interrupción, y a partir de esa época ya sólo probó el cigarro en contadas ocasiones.³⁹

Cuando Obregón se lanzó a la lucha envió una carta muy cariñosa a sus hijos Humberto y María del Refugio (Quiquita). Esa carta fue muy citada durante la Revolución mexicana como ejemplo clásico de espíritu paternal y patriótico en el soldado ciudadano:⁴⁰

Señor Humberto Obregón,
Huatabampo, Sonora

Mi querido hijo: Cuando recibas esta carta, habré marchado con mi batallón para la frontera del Norte, a la voz de la Patria, que en estos momentos siente desgarradas sus entrañas y no puede haber un solo mexicano que no acuda.

Yo lamento sólo que tu cortísima edad no te permita acompañarme.

Si me cabe la gloria de morir en esta causa, bendice tu orfandad y con orgullo podrás llamarte hijo de un patriota.

Sé siempre esclavo del deber; tu Patria, tu hermana y esas tres mujeres que te han servido de madres deberán formar un conjunto sagrado para ti y a él consagrarás tu existencia. Da un abrazo a María, a Cenobia y a Rosa; y tú, con mi querida Quiquita, reciban el corazón de su padre

Alvaro Obregón.

Obregón llevó a sus hombres a Naco, tomó un tren a Hermosillo y ahí ascendió a coronel a mediados de diciembre de 1912. Se separó entonces del servicio militar, dejando su comando al mayor Antonio Guerrero, y regresó a su rancho para dedicar su vida a quehaceres pacíficos (pp. 39-40).

Quizá recordara Obregón de cuando en cuando aquel día en que Sanginés le preguntó cuánto tiempo pensaba quedarse en el ejército. "Estaré en el ejército solamente el tiempo que el gobierno necesite mis servicios", fue su respuesta; y Sanginés, sonriendo, le dijo: "Prepárese, pues, mi teniente coronel, para servir en el ejército cuatro o cinco años, porque este indio de Huerta va a darnos un dolor de cabeza" (pp. 23-24).

El tiempo habría de probar que Sanginés fue buen profeta, y el Cincinato sonorenses tuvo que abandonar su arado, de una vez por todas, cuando los contra-revolucionarios unieron sus fuerzas para echar abajo el edificio que estaba levantando Francisco I. Madero. La historia mostraría que el cultivador de garbanzos, con sus mayos y con muchos otros, haría falta para reconstruir el México democrático con que había soñado Madero.

NOTAS

- 1 J. ORTEGA Y GASSET, *El ocaso de las revoluciones*, Espasa-Calpe, México, 1946, pp. 117-118.
- 2 E. J. DILLON, *President Obregón—A world reformer*, Londres, 1922, p. 31.
- 3 "Obregón: the one-armed Mexican president", en *Current Opinion*, t. 70, núm. 1 (enero de 1921), p. 39.
- 4 "Will thirteen be a lucky number?", en *Sunset*, t. 54, núm. 2 (febrero de 1925), p. 52.
- 5 E. J. DILLON, "Álvaro Obregón, the man and his policy", en *Saturday Evening Post*, t. 193, núm. 19 (noviembre 6 de 1920), p. 50.
- 6 FRANCIS MCCULLAGH, *Red Mexico*, pp. 156-157.
- 7 "General Álvaro Obregón, the new hope of Mexico (Personal glimpses)", en *Literary Digest*, t. 65, núm. 13 (junio 26 de 1920), p. 48.
- 8 *New York Times*, junio 15 de 1915, p. 12.
- 9 VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, *Mexico in revolution*, Nueva York, 1920, p. 53.
- 10 DILLON, *President Obregón...*, pp. 32-34.
- 11 DILLON, "Álvaro Obregón, the man...", p. 50.
- 12 DILLON, *President Obregón...*, p. 35.
- 13 *Ibid.*, p. 36.
- 14 *Ibid.*, pp. 40-41.
- 15 DILLON, "Álvaro Obregón, the man...", p. 53.
- 16 *¿Quién es Obregón?*, Libr. de Quiroga, San Antonio, Texas, 1922, pp. 11-13.
- 17 *Ibid.*, p. 16.
- 18 GENARO ESTRADA, *200 notas de bibliografía mexicana*, México, 1935 (Colección de Monografías bibliográficas), p. 11.
- 19 DILLON, *President Obregón...*, p. 43.
- 20 ALVARO OBREGÓN, *Discursos*, México, 1932 (Biblioteca de la Dirección de Educación Militar), p. 61.
- 21 DILLON, *President Obregón...*, p. 43.
- 22 D. BÓRQUEZ, *Obregón. Apuntes biográficos*, Eds. Patria Nueva, México, 1929, p. 13.
- 23 DILLON, *President Obregón...*, p. 46.
- 24 BÓRQUEZ, *op. cit.*, p. 14.
- 25 DILLON, *President Obregón...*, p. 122.
- 26 ROBERTO QUIRÓS MARTÍNEZ, *Obregón, su vida y su obra*, México, 1928, p. 18.
- 27 *Ibid.*, p. 19.
- 28 DILLON, "Álvaro Obregón, the man...", p. 54.
- 29 BÓRQUEZ, *op. cit.*, pp. 12-13.
- 30 DILLON, *President Obregón...*, p. 43.
- 31 *Ibid.*, pp. 46-47.
- 32 DILLON, "Álvaro Obregón, the man...", p. 34.

33 BÓRQUEZ, *op. cit.*, p. 13.

34 *Ibid.*, p. 14.

35 Alvaro OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, Libr. de la Vda. de Ch. Bouret, México, 1917, p. 7.

36 Las indicaciones de páginas entre paréntesis corresponden a la obra citada en la nota precedente.

37 DILLON, *President Obregón...*, p. 64.

38 *Ibid.*, p. 94.

39 *Ibid.*, pp. 64-65.

40 *¿Quién es Obregón?*, p. 23.